

ELECCIONES: ENTRE LA RELEVANCIA Y LA NADA

Elecciones de Amplio Espectro. Las elecciones del 12 de noviembre -las últimas importantes de aquí hasta las de mediados de sexenio de 1997- cubrieron un espectro realmente amplio, pues se movieron entre lo importante y sustantivo por un lado y lo irrelevante y patético por el otro, con algunas en el medio. Lo importante, desde luego, tuvo lugar en aquellos sitios donde el proceso electoral tuvo un contenido real, es decir, una competencia efectiva aunque bastante inequitativa - mientras el PRI siga siendo un partido de Estado no podrá haber condiciones de equidad para las justas electorales-, en tanto que lo irrelevante ocurrió justo en la capital del país - asiento del poder presidencial-, donde una maniobra del PRI impidió a los electores saber realmente quién era quién en las boletas y desvirtuó todo el proceso.

En las elecciones reales estuvo en juego tanto el presente como el futuro inmediato del sistema político. Y esas elecciones fueron básicamente las de Michoacán y Puebla, aunque también tuvieron esa misma calidad los comicios de varios municipios urbanos en Oaxaca, Tamaulipas y Sinaloa. En el medio quedaron procesos electorales muy semejantes a los del pasado, como fue el caso de Tlaxcala, aunque aún ahí, la posición del PRI ya no tiene el sustento de esas mayorías absolutas del pasado. Ahora bien, en el otro extremo del espectro se

colocaron unas elecciones harto peculiares: las del Distrito Federal. Para estas últimas el calificativo de irrelevantes es muy suave y les queda mejor el de absurdas y perfecto el de tramposas.

Las cifras del cómputo final, las oficiales, tardarán aún en aparecer, pero con las que están disponibles se puede señalar que el gran ganador de la jornada que acaba de concluir no fue precisamente el partido que recibió más votos, el PRI, sino el que acortó aún más la distancia que le separa del viejo partido de Estado: el PAN. Así, de manera cada vez más nítida, la disputa por el México de fin de siglo se perfila como la lucha entre la derecha autoritaria y antidemocrática (PRI), y la derecha civilizada y democrática (PAN). Paradójicamente, en los momentos en que la economía global de mercado margina y deteriora aún más el nivel de vida de millones, la izquierda - el PRD- tiene muy poca fuerza; quede como consuelo que este no es un fenómeno que sólo ocurra en México, pues tiene su contraparte en muchos otros países.

La Capital. El padrón formal del 12 de noviembre fue de 13,994,259 ciudadanos, pero a tamaña cifra hay que quitarle el 38.8 por ciento del total para acercarnos al padrón real, pues los 5,443,138 ciudadanos que viven en la capital del país no tuvieron la posibilidad de participar en una elección real, sino apenas en un grotesco remedo. Y si bien los capitalinos podrán ser muchas cosas menos estúpidos, pues al menos no darle a las autoridades el placer de volver a temerles el pelo. De

ahí esa impresionante cifra de alrededor de 85 por ciento de abstencionismo en una capital que de tiempo atrás reclama el derecho de autogobierno que le arrebataron en los años veinte.

Elección Sin Partidos. La característica más notable de la supuesta elección de 365 consejeros ciudadanos en las diferentes delegaciones del Distrito Federal -una especie de regidores o síndicos muy deslavados- fue la ausencia de los partidos, que justamente son las instituciones creadas y sostenidas por la sociedad para encausar la acción votante. La prohibición de la participación de los partidos en la contienda del Distrito Federal fue resultado de una típica maniobra del PRI para evitar tener que dar la cara a una ciudadanía que se ha caracterizado por ser de las más dispuestas a dar su voto a la oposición y que en la actualidad está harta de la crisis y de las torpezas y abusos de sus gobernantes.

Sin los partidos, el elector del Distrito Federal se quedó sin brújula, se le despojo del referente histórico indispensable para darle sentido a su voto, para poder decidir a quién apoyar y a quién castigar. Insistir en que los llamados "ciudadanos independientes" -que en su mayoría no eran tales- ponían al proceso político más cerca del elector, es un absurdo; en la urbe más poblada del mundo, simplemente es imposible conocer al vecino, saber su biografía y naturaleza de su carácter. Para la enorme mayoría de los capitalinos, los nombres que aparecían en las bardas, mantas o papeletas -

personas supuestamente de la localidad- eran absolutamente desconocidas.

Así pues, la mayoría de los capitalinos simplemente declinó la invitación que les hiciera públicamente el regente de la ciudad en vísperas de las elecciones para que acudieran a unas urnas que no significaban nada. Y muchos de los pocos que si fueron, lo hicieron no como resultado de ese llamado sino para anular su voto.

La Naturaleza de las Elecciones Democráticas. Las elecciones, como procedimiento, están en el corazón mismo de la democracia moderna. Y fue Joseph Schumpeter quien en 1942 formuló la definición dominante de lo que hoy se entiende no tanto por democracia sino por método democrático. Fue así como el sociólogo y economista Moravia definió ese procedimiento: "el arreglo institucional para llegar a formular decisiones políticas, en virtud del cual ciertos individuos adquieren el poder de decisión mediante una competencia para lograr el voto del pueblo".

La democracia Schumpeteriana no presupone que cualquiera pueda llegar a los puestos de mando, sino algo más realista: que la política sigue siendo asunto de los pocos, de las élites, como ha sido desde el principio de los tiempos, pero ahora esas minorías gobernantes tienen que lograr y renovar sistemáticamente su legitimidad mediante la búsqueda del apoyo de los ciudadanos, es decir, mediante el voto. Desde el punto de vista, el poder del ciudadano en la democracia es limitado

pero real, pues finalmente es él el árbitro en la eterna lucha entre las élites por dominar a la sociedad.

Ahora bien, para ser realmente democrática, esta competencia por el voto debe no sólo ser sistemática, limpia y equitativa, sino que debe significar algo más que una mera lucha entre individuos y grupos: debe ser una competencia entre programas, entre alternativas, pues es ahí, frente a la diversidad de los proyectos, donde adquiere sentido el acto de escoger. Para tener sentido pleno, la elección de cada uno de nosotros debe por tanto ser una selección entre plataformas claramente expuestas y diferentes entre sí; sólo de esta manera adquieren contenido los términos de democracia política, poder ciudadano y soberanía popular.

Las elecciones del 12 de noviembre en la capital de la república fueron antidemocráticas, una farsa, porque justamente lo que permitieron fue únicamente la contienda entre individuos -la mayoría, ilustres desconocidos- para de esa manera impedir la otra contienda, la que debió de haber tenido lugar entre partidos, es decir, entre proyectos de futuro. Y es que el partido de Estado -el PRI- no tiene ya capital político suficiente para ganar la buena voluntad de los capitalinos, hartos como están de corrupción, servicios deficientes, crisis económica, inseguridad en las calles, desempleo, etcétera.

En la zona de la ciudad donde vivo, por ejemplo, ninguna de las fórmulas podía ser reconocida como cercana a un partido, a una corriente política sustantiva. Ahí no hubo presencia de

"Acción Vecinal", es decir, de candidatos cercanos al PAN, ni del "Movimiento Ciudadano", es decir, de simpatizantes del PRD. Toda la información que llegó a los ciudadanos quedó en slogans irrelevantes o absurdos, como por ejemplo: "Por los ejidatarios, comuneros y vecinos del Pueblo de San Nicolás Totolapan" o "comencemos con paso firme". En realidad, en mi vecindario o más memorable y sustantivo de la campaña política fue el baile que patrocinó una de la fórmulas y el jaripeo de otra, ambos actos sospechosamente olorosos a priísmo tradicional.

El Trasfondo. La ausencia de autogobierno en la capital es producto del presidencialismo extremo que hemos vivido por más de medio siglo. Por mucho tiempo se sostuvo el dogma que no sólo no puede haber más poder que el del presidente en el sitio donde tienen físicamente su asiento los llamados "Poderes de la Unión", sino que para el buen desempeño de su magna tarea le era indispensable ese mismo predominio en todo el vasto y bien poblado entorno que le rodea, y que es toda la capital del país. Y como si no fuera suficiente con haber suprimido el puesto de gobernador y haberlo sustituido por el de un regente, una división que en los años veinte hubo entre el general Alvaro Obregón y la CROM, llevó a que desapareciera también el Distrito Federal, y con ello sus municipios, pues resulta que era precisamente en algunos de esos municipios capitalinos donde la CROM se había hecho fuerte.

Desde los años ochenta, el presidente y el PRI vienen librando una lucha de retaguardia contra las fuerzas que piden devolver a la ciudadanía capitalina el disfrute pleno de sus derechos políticos. Como no pueden seguir sosteniendo que el régimen de excepción que vive el Distrito Federal es indispensable para el buen funcionamiento de los poderes federales, entonces lo que han hecho es introducir el autogobierno con cuenta gotas. Primero ese engendro que es la Asamblea de Representantes, luego la resistencia a aceptar la elección directa del regente y ahora este espectáculo de supuestos "consejeros" que de hecho, aunque no de derecho, han quedado descalificados para actuar por el bajo apoyo que consiguieron.

Las Lecciones. En la Ciudad d México quedó claro que, no obstante el supuesto desprestigio de los partidos y el florecimiento de las organizaciones no gubernamentales, no hay sustituto para ellos. Haber hecho a un lado a los partidos en la zona más poblada y politizada del país, justo cuando uno de los grandes problemas en México es el poco arraigo y madurez de su sistema de partidos, fue una pésima decisión si se le juzga no desde la óptica del regente, sino desde la del interés colectivo.

La elección del 12 de noviembre debe quedar como la primera y la única de su especie; como un caso extremo, fallido, de las trampas del partido de Estado para retrasar su encuentro con la hora de la verdad. La protesta que significa

un abstencionismo de un 85 por ciento, más los votos anulados, no se debe de interpretar como desinterés de la ciudadanía política, sino todo lo contrario, como el rechazo abierto de la política de mala calidad, de esa que no vale ni el papel en que se imprimieron las boletas.

Lo que pudo haber sido un paso verdaderamente histórico para que los capitalinos volvieran a recuperar el gobierno municipal que los obregonistas les quitaron -los consejeros ciudadanos, son en cierto sentido, el equivalente a los regidores y síndicos en los municipios de los estados- terminó por ser un ejercicio totalmente formal, vacío de contenido, una farsa más de un sistema ya sin vitalidad pero que busca retrasar al máximo el momento en que pase a ser historia.